

---

## Entrada Libre

### El movimiento romántico y el estudio de la historia

H.R. Trevor-Roper

Hugh R. Trevor-Roper (1914-2003) integró inicialmente su persona pública en torno a Adolf Hitler, a quien dedicó títulos como *The Last Days of Hitler* (1947), *Hitler's Secret Conversations, 1941-1944* (1953), *Blitzkrieg to Defeat: Hitler's War Directives, 1939-1945* (1965) y *Hitler's Place in History* (1965). Su formación y su curiosidad le permitieron atender una amplia variedad de temas relacionados con la historia moderna de Europa, desde *The Rise of Christian Europe* (1965) hasta *The Philby Affair: Espionage, Treason, And Secret Services* (1968), e incluso preparar esta conferencia sobre el movimiento romántico y la historia. La persona pública de Trevor-Roper opacó muchas veces su interés por la cultura renacentista o hasta de sus propios libros, a cuya lista se sumaron títulos como *The Plunder of the Arts in the Seventeenth Century* (1970), *Queen Elizabeth's First Historian: William Camden and the Beginnings of English "Civil History"* (1971), *A Hidden Life: The Enigma of Sir Edmund Backhouse* (1976), *Princes and Artists: Patronage and Ideology at Four Habsburg Courts, 1517-1633* (1976), *History and Imagination* (1980), *Catholics, Anglicans, and Puritans: Seventeenth Century Essays* (1987) y *From Counter-Reformation to Glorious Revolution* (1992). Trevor-Roper leyó esta conferencia el 17 de febrero de 1969, la cual empezó a circular en forma impresa inmediatamente después con el sello de la Universidad de Londres. Traducción de Antonio Saborit.

**L**OS INTERESES DE JOHN COFFIN, en cuya memoria se creó esta cátedra, fueron evidentemente diversos. Ellos incluían la literatura, la filosofía, la historia. Hoy toca el turno a la historia.

Sólo que, cuando buscaba un título, con el propósito de conmemorarlo, me pareció que no debía ser tan austeramente histórico: que ante ustedes debía abordar un aspecto de la historia que tuviera que ver también con la literatura y con la filosofía; y por esta razón elegí como tema, o al menos como título —pues es un gran error decir mucho en el título—, “El movimiento romántico y el estudio de la historia”.

Cada época tiene su filosofía de la historia, y rara vez tal filosofía es tan sólo obra de historiadores, si es que alguna vez lo fue. Los historiadores van uno tras otro entre rutinas profesionales, puliendo las técnicas de sus predecesores; pero no crean nuevas filosofías. Éstas se traen de fuera, ya sea del impacto inmediato de los acontecimientos o de las amplias revoluciones intelectuales. La nueva ciencia de Maquiavelo es la base de la “historia civil” del siglo XVII. La nueva sociología de Montesquieu hizo posible la “filosofía de la historia” del siglo XVIII. Hoy me ocupo de la fuerza intelectual externa que realizó el siguiente gran cambio histórico, el cual transformó la filosofía de los historiadores del siglo XVIII —Hume, Robertson y Gibbon— en las filosofías de sus sucesores en el XIX —Macaulay, Michelet, Ranke.

Digo la “fuerza intelectual externa”, pues desde luego que hubo también fuerzas externas no intelectuales. La más obvia de todas fue el efecto de los acontecimientos. Al final del siglo XVIII, la Europa ilustrada se vio convulsionada, primero por la Revolución Francesa, luego por la conquista francesa. En tales convulsiones, las ideas del siglo pasado sufrieron un daño irreparable. Cuando la Razón diosa se encumbró como el ídolo de una dictadura sanguinaria y la “Ilustración” francesa se llevó al continente por medio de la fuerza militar, los encantos de ambas palidieron de inmediato. En Inglaterra, en Alemania, en España, las viejas tradiciones nativas, hasta las supersticiones, adquirieron nueva fuerza, nueva respetabilidad. El hombre no vivía, se descubrió entonces, sólo de la razón. Los viejos órganos habituales de la sociedad, las viejas creencias establecidas, que tan poca cosa pareciera a los racionalistas de la Enciclopedia, adquirieron entonces una nueva dignidad. El más grande *whig* inglés, Edmund Burke, se volvió profeta europeo de un nuevo conservadurismo: el conservadurismo de una sociedad que debe proteger a sus órganos vitales de la frívola cirugía de los teóricos de moda o interesados. En sus últimos años, el más grande de los historiadores del siglo XVIII, quien nunca aceptó el radicalismo de la Enciclopedia —pues era discípulo de Montesquieu, como el propio Burke—, habría de celebrar las *Reflections on the*



*French Revolution*, de Burke, como una “medicina admirable contra el mal francés. Admiro su elocuencia, apruebo su punto de vista político, su espíritu de caballerosidad me deleita y aun soy capaz de disculpar su superstición”.<sup>1</sup> Y el más grande historiador del siglo XIX declararía que los estudios históricos de su tiempo se desarrollaron “en contra de la tiranía de las ideas napoleónicas”.<sup>2</sup>

Pero si las convulsiones directas de Europa hicieron que los hombres apreciaran de nuevo tradiciones antes vilipendiadas de su propia sociedad, otro movimiento, independiente en sus orígenes, confirió a esas tradiciones un positivo resplandor romántico. El movimiento ya había comenzado para mediados del siglo. Dio inicio en Escocia, o al menos uno de sus grandes afluentes. En 1760, James Macpherson, un hombre de principios dudosos tanto en literatura como en política, publicó sus *Fragments of Ancient Poetry, Collected in the Highlands*, precursor de su más célebre impostura, el *Fingal* de “Ossian”. En 1765, en Inglaterra, Thomas Percy alcanzó una fama menos luminosa, aunque mucho más duradera, con sus importantes *Reliques of Ancient English Poetry*. Con estas dos obras se lanzó una nueva moda: el culto romántico por la sociedad primitiva, por la literatura primitiva; y fue este culto el que, transformado por acontecimientos políticos inimaginables en los setecientos sesenta, ayudó a crear una nueva filosofía de la historia.

Al principio, la reacción de los historiadores ante esta nueva moda literaria o filológica fue fría. Para un discípulo de Voltaire, la Edad Media y la Edad de las Tinieblas fueron realmente brunas. Tiempos de superstición y de barbarismo gótico y nada salido de ambos podía tener alguna virtud. Hasta para un discípulo de Montesquieu, tal literatura, por interesante que fuera la luz que arrojaba sobre la sociedad que la produjo, ¿no tenía ningún valor intrínseco, y como fuera, no era auténtica? “Algo como una dudosa niebla aun pende sobre las tradiciones de estas Tierras Altas”, escribió Gibbon, “ni tampoco lo pueden disipar del todo las investigaciones más penetrantes de la crítica moderna. Pero si se nos permitiera, con seguridad, incurrir en la grata suposición de que Fingal vivió y de que Ossian cantó, el fuerte contraste de la situación y de las maneras de las naciones contendientes podrían dar

*Pero si las convulsiones directas de Europa hicieron que los hombres apreciaran de nuevo tradiciones antes vilipendiadas [...] otro movimiento, independiente en sus orígenes, confirió a esas tradiciones un positivo resplandor romántico*

<sup>1</sup> *The Letters of Edward Gibbon*, edición de J.E. Noron (Oxford, 1956), iii, 216.

<sup>2</sup> Leopoldo v. Ranke, *Zur Eigenen Lebensgeschichte (Sämmtliche Werke*, Leipzig, 1890, tt. 53-54), p. 47.

*El propio Napoleón llevaba un ejemplar como bibelot en sus campañas: era para él, decía, lo que Homero fuera para Alejandro, Virgilio para Augusto [...]*

solaz a una mente filosófica”.<sup>3</sup> “Veó”, le escribió Hume al leer estas palabras, “que usted alberga una gran duda sobre la autenticidad de los Poemas de Ossian. Tiene toda la razón al hacerlo...”.<sup>4</sup> En privado, Hume era más franco. Él no creía en la autenticidad de Ossian, dijo, aunque lo juraran cincuenta sujetos de las Tierras Altas con las ancas peladas.

Así habló la voz de la razón a “la luz y libertad plenas del siglo XVIII”. Pero cuando se atenuó esta luz plena y menguó la libertad ordenada, el resplandor artificial y la libertad anárquica del pasado parecieron más atractivos. Ossian, esa flaca, sórdida fantasía de la *débâcle* de las Tierras Altas, pudo producir la sonrisa de Gibbon, el ridículo de Hume, la rabia de Johnson, pero en el extranjero su suerte fue increíble. Ossian se convirtió en la inspiración de Herder,<sup>5</sup> el ídolo de Alemania. El propio Napoleón llevaba un ejemplar como *bibelot* en sus campañas: era para él, decía, lo que Homero fuera para Alejandro, Virgilio para Augusto; y en Malmaison, su emperatriz habría de decorar su nuevo elegante palacio con *bric-à-brac* ossiánico, bustos del mítico poeta de las Tierras Altas, pinturas de su espectro recibiendo en el Elíseo a los héroes de las guerras de su esposo. Mientras tanto, de un modo más modesto, el obispo Percy también disfrutó su triunfo póstumo. Sus *Reliques of Ancient English Poetry*, tras inspirar a Herder en Alemania, cayeron en manos de un escocés aún más influyente que Macpherson: Walter Scott.

Macpherson y Scott, el *Highlander* y el *Lowlander* de Escocia, éstos son los hacedores, directa o indirectamente, del nuevo romanticismo que cambiaría el carácter del estudio de la historia. En un principio podría parecer parroquial decir esto; pues, a fin de cuentas, el romanticismo tuvo muchas fuentes; ¿por qué entonces habríamos de desprenderlo de su exclusivo caudal norteño? Pero, de hecho, ésta no es, creo, una simplificación muy burda. Escocia, en el siglo XVIII, fue una de las capitales intelectuales de Europa. El rumbo de sus energías pudo cambiar, pero la fuerza detrás de ellas fue la misma. La misma química social que liberaron, en una generación, el genio de Hume y el de Adam Smith, formó, en la siguiente, como su producto colateral, el genio de Scott. Y Scott no fue nada parroquial. Por arraigado que estuviera a la Frontera Escocesa, a la que le conocía muy bien cada valle y arroyo, castillo y

<sup>3</sup> Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, cap. VI (edición de Bury, 1898), 2, 129.

<sup>4</sup> *Letters of David Hume*, edición de J.Y.T. Greig (Oxford, 1932), ii, 310.

<sup>5</sup> El ensayo de J.G. Herder, “Über Ossian und die Lieder alter Völker”, se publicó en *Deutsche Art und Kunst*, Hamburgo, 1773.

torre, Scott era un cosmopolita, también un europeo. No debemos olvidar que mucho antes de ser conocido en Europa, años antes de que decidiera abandonar el derecho por la literatura, Scott había estudiado no solo a Ossian (a quien tuvo el gusto de despreciar) y a Percy (a quien respetaba), sino también la literatura romántica de Europa; que aprendió italiano para leer, cada año, a Ariosto y a Boiardo; que leyó minuciosamente a Bartholin y que estudió el nórdico antiguo para leer las sagas escandinavas;<sup>6</sup> y que como joven abogado en Edimburgo aprendió alemán para disfrutar a los poetas del *Sturm und Dran*; que sus primeras obras publicadas fueron traducciones de los poemas de Bürger y del Goethe del *Götz von Berlichingen*.

Aun con toda su dimensión cosmopolita, Scott estaba íntimamente casado también con su propio país. Era escocés y fronterizo. De hecho, esta lealtad al terruño se encuentra en los cimientos de su cosmopolitismo. La Ilustración escocesa, al igual que toda era ilustrada, tuvo sus cimientos sociales. Sus más grandes escritores —Hume, Robertson, Ferguson, Adam Smith— dirigieron su intelecto hacia el progreso de la sociedad no sólo porque leyeron a Montesquieu, sino porque su propia sociedad les ofreció (como no lo hizo la sociedad inglesa con los ingleses) un caso histórico para aplicar las leyes sociales de Montesquieu. Vieron ante ellos, de manera simultánea, la vieja sociedad estática, introvertida, de la Escocia previa a la Unión, y las nuevas energías transformadoras liberadas por el renovado contacto con el mundo posterior a la Unión. La dinámica del progreso se hizo visible ante ellos,<sup>7</sup> y quedaron encantados con ese progreso. Una generación después, Scott vio con más nostalgia ese mismo proceso. Para él, la vieja sociedad, cuyas reliquias parecieran bárbaras a los predecesores de Scott, habían adquirido, en retrospectiva, un nuevo encanto. Así como Macpherson idealizara la desfalleciente sociedad tribal de los celtas y transformara a los “sujetos de las Tierras Altas con las ancas peladas” de Hume, “los hombres más bravos e inútiles”, en héroes románticos, así Scott quedó cautivado por la vieja sociedad fronteriza de la cual, para entonces, no sobrevivía sino el recuerdo. Durante siglos, la Frontera, del lado escocés, había sido una sociedad cerrada,



<sup>6</sup> Véase Paul Robert Lieder, “Scott and the Scandinavian Literature”, en *Smith College Studies in Modern Languages* (Northampton, Mass.), octubre de 1920.

<sup>7</sup> Abordé este tema con más amplitud en mi ensayo “The Scottish Enlightenment”, en *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, LVIII (Institut et Musée Voltaire, Ginebra, 1967).

estática, casi fosilizada. Unos cuantos grandes, enriquecidos por el patrocinio de la Corte inglesa, podían vivir impresionantemente en sus pesados castillos extraños; pero abajo de ellos, la *gentry*, generación tras generación, vivió la misma ritual vida predatoria en su cerrado círculo tradicional. Luego, con la Unión de 1707, vino el cambio. Primero por medio del comercio con Inglaterra, luego por medio del servicio en Inglaterra, el círculo se rompió al fin —y sobre todo en el tiempo de Scott— por medio del amplio apoyo de India. Como las Tierras Altas después de Culloden, aunque de manera más gradual, la Frontera se volvió una “sociedad abierta”; y cada área fue encontrando al poeta que habría de romantizar el pasado que se les disolvía.

Fue en su infancia, en la granja de Sandy-knowe, en las inmediaciones de la torre Smailholm, que Scott descubrió su apego romántico al campo de la Frontera. Fue a la sombra de un plátano oriental en un jardín en Kelso que leyó las *Reliques* de Percy; y Percy y Goethe (cuenta su yerno) habrían de inspirarlo durante toda su vida. Por influencia de Percy estudió la literatura de las baladas en el norte de Europa y emprendió, como joven abogado, cada año, sus “recorridos” por Liddesdale, a veces a caballo con su amigo Shortreed, a veces con su esposa en faetón —el primer carruaje con ruedas que ingresó por aquellos valles rurales— en pos de esas baladas populares que publicó en 1802 como *Minstrelsy of the Scottish Border* —“la fuente”, como la llamó Carlyle, “de la que surgió uno de los ríos más caudalosos”—. Al mismo tiempo exploraba también las Tierras Altas, visitaba a los ancianos sobrevivientes de los tiempos jacobeos previos a Culloden, estudiaba las costumbres perdidas de la sociedad de las Tierras Altas, “desperdiciando su enorme talento”, como se quejaba su viejo e impresionado tutor presbiteriano, reuniendo “antiguas baladas y cuentos tradicionales de hadas, brujas y fantasmas”,<sup>8</sup> y escribiendo esos poemas originales —*The Lay of the Last Minstrel*, *Marmion*, *The Lady of the Lake*— tan ilegibles hoy en día que le dieron su primera nombradía. Antes de escribir una novela, Scott eclipsó a los dos padres fundadores del renacer romántico. Fue a la vez el nuevo Percy de su país, el nuevo Ossian de su tiempo.



<sup>8</sup> Véase el gozable recuento que hizo el tutor de Scott, James Mitchell, en J.G. Lockhart, *Memoirs of Sir Walter Scott* (Library of English Classics, 1900), i, pp. 87-94. Mitchell desperdició su propio tiempo, el día de este encuentro, tratando de hacer para Scott la lista de asistentes a la “estricta fiesta evangélica en la Iglesia de Escocia”.

Las baladas, para quien estudia esta literatura, son inseparables de la historia: se trata de la expresión directa de una forma histórica de la sociedad, la cual muchas veces no cuenta con otros documentos. Al reunir las baladas del pasado, Scott recreó e ilustró una sociedad desaparecida o por desaparecer, y por tanto, se convirtió, indirectamente, en su historiador. Esta colección no fue la única con la que Scott mostró su interés histórico. Toda su vida leyó historia, recreó la historia, publicó materiales de historia. Los historiadores aún usan sus compilaciones: sus *Sadler State Papers*, sus *Summer Tracts*, su reimpresión de raros panfletos estuardos. Fundó el Bannatyne Club para publicar antigüedades escocesas. Alguna vez planeó “un *corpus historiarum*, o la edición completa de las crónicas de Inglaterra, una obra inmensa”, el cual rivalizaría con la gran obra colectiva de los benedictinos de St. Maur —obra que Gibbon alguna vez anheló y la cual animó a emprender al historiador escocés Pinkerton—. <sup>9</sup> Pero esta enorme empresa no dejó de ser un sueño. Tal vez no estuviera más allá de las capacidades de Scott —a fin de cuentas, la edición de Dryden, en dieciocho tomos, realizada por Scott, confundida entre poesías, ensayos y la vida activa del derecho, resultó tan buena que se reimprimió *in toto* un siglo después—, pero en el fondo Scott no era ese tipo de historiador. De haberlo sido estaría en el olvido. A pesar de la exactitud de sus detalles, no fue un académico: fue un historiador imaginativo que usó sus evidencias no para documentar, sino para recrear el pasado. Como escribió Carlyle en su diario, al enterarse de la muerte de Scott, “supo lo que quería decir la historia; ese fue su principal mérito literario”; <sup>10</sup> y encontró su medio perfecto cuando, a partir de 1814, tras numerosas intentonas preliminares, produjo sus grandes novelas históricas, con su maravillosa fusión de personas vivas y pasado reconstruido: *Waverly*, *Guy Mannering*, *Old Mortality*, *Rob Roy*, *Heart of Midlothian*...

Sobre todo, *Old Mortality*. ¡Qué maravillosa es! ¡Qué historiador atrapó alguna vez el carácter de la Escocia previa a la Unión: el de los fantásticos partidarios de Cameron, el del John Graham de Claverhouse, el de los realistas y episcopalianos y el de los “ministros consentidos” de los Killing Times! ¡Quién que alguna vez lo leyera pudo olvidar el asesinato del arzobispo

*Como escribió Carlyle en su diario, al enterarse de la muerte de Scott, “supo lo que quería decir la historia; ese fue su principal mérito literario” [...]*

<sup>9</sup> Edward Gibbon, *Miscellaneous Works* (ed. 1837), pp. 836-842. Jorge IV, quien tenía un gusto delicado en estos temas, eligió, como obsequio para Scott, los 15 tomos en folio de las *Antiquities* de Montfaucon (J.G. Lockhart, *op. cit.*, iv, 152).

<sup>10</sup> J.A. Froude, *Thomas Carlyle, A History of the First Forty Years of His Life* (nueva edición 1890), ii, 321-22.

*Fue una obra de auténtica erudición e imaginación, la primera novela [...] en la que Scott tuvo que ir más allá de la fecha de la memoria humana y reconstruir, a partir de libros únicamente, un tiempo pasado sin memoria*

Sharpe en Magus Moor, o a Lady Margaret Bellenden y su Torre de Tillietudlem? Fue una obra de auténtica erudición e imaginación, la primera novela —como lo señala Lockhart— en la que Scott tuvo que ir más allá de la fecha de la memoria humana y reconstruir, a partir de libros únicamente, un tiempo pasado sin memoria.<sup>11</sup> ¡Y qué bien la reconstruyó! No les gustó a los historiadores profesionales. El reverendo Thomas McCrie, el erudito biógrafo de John Knox y Andrew Melville, un estricto disidente presbiteriano, reclamó que Scott hubiera difamado a los escoceses del Pacto y tronó en el *Edinburgh Christian Instructor*. El editor cristiano lo interpeló: “Spare not the vile Tory of an author!”; y no se lo pasó. *Old Mortality*, escribió McCrie, estaba llena de “burda parcialidad e injusticia... desfigurada con profanaciones... injustificable en un libro, pero también inexcusable en uno que se supone dirigido al solaz popular”. El más grande discípulo histórico de Scott, Macaulay, más adelante presentaría una imagen muy distinta de Claverhouse, como un hombre “rapaz y profano, de temperamento violento y corazón testarudo”, detestado con justicia “con un odio peculiarmente enérgico” por los escoceses en todo el mundo. Pero el tiempo ha reivindicado al novelista, no así a los historiadores. Siguen siendo unos fanáticos los del pacto, a pesar del Dr. McCrie y la larga y monótona fila de hagiógrafos de Kirk. Paget decretó que el retrato que hizo Macaulay de Claverhouse era una caricatura, y eso no tiene remedio.<sup>12</sup> Scott, cuya imaginación veía más allá de la evidencia literaria, quien llegó a ver el todo, compacto y articulado de la sociedad escocesa en sus años de crisis, y quien a diario veía el retrato de Cleverhouse,<sup>13</sup> vio, al menos aquí, mejor que ambos.

<sup>11</sup> J.G. Lockhart, *op. cit.*, iii, 84.

<sup>12</sup> La reseña (anónima) de McCrie a *Old Mortality*, de 75000 palabras de extensión, se publicó en tres sucesivas entregas del *Edinburgh Christian Instructor* (enero-marzo de 1817), y luego salió como libro y en *The Miscellaneous Writings of Thomas McCrie* (1841). El editor del *Christin Instructor* era el reverendo Andrew Thompson: su carta a McCrie se cita en *Life of Thomas McCrie DD, by his son, the Revd. Thomas McCrie*, Edimburgo, 1840, p. 221. En abril de 1817, Scott contestó (anónimamente) en *Quarterly Review*. Véase también su reseña (anónima) a la edición de Charles Kirkpatrick Sharpe de la obra de James Kirkton: *Secret History of the Church of Scotland*, en *Quarterly Review*, 1818. Quien revise esto verá que, si bien incurrió en errores de detalles, Scott empleó más y mejores fuentes que McCrie, y que las usó de manera más crítica e histórica. McCrie (como Macaulay luego de él) ignoró las mejores fuentes disponibles y sólo se basó en lo que Paget describió muy bien como “la basura de Wodrow”. Véase John Paget, *The New Examen*, 1861: “Viscount Dundee”.

<sup>13</sup> En la biblioteca de su casa en Edimburgo, Scott tenía solo una pintura: un retrato de Cleverhouse, “esa visión hermosa y melancólica, digna de los sueños más patéticos del romance”. J.G. Lockhart, *op. cit.*, iii, 86.

En 1814, cuando Scott empezó a publicar sus novelas, los acontecimientos públicos europeos conspiraron para darle un público. En ese momento las naciones estaban en guerra contra Napoleón: Burke, no Voltaire, era el filósofo político de la hora; y los historiadores estaban dispuestos a describir no la mecánica del progreso, que de una manera tan sencilla condujo hacia la revolución, sino el robusto espíritu revitalizador que fortaleció y conservó los legítimos órganos, instituciones y tradiciones del pasado. Más aún, en los países de Europa —y en particular en Alemania, que nunca “cedió” ante el espíritu de los enciclopedistas—, la misma búsqueda romántica de vestigios de poesía antigua había terminado no sólo en el descubrimiento de esa poesía, sino en la creación, por medio de ella, de una nueva filosofía histórica.

Pues en Alemania, también, tanto Percy como Ossian tuvieron sus discípulos. Herder, desde luego, fue el más grande de ellos: el fundador filosófico de la historia cultural, el profeta del nacionalismo romántico, quien veía la poesía primitiva de todas las naciones como la expresión directa de su alma distintiva, el repositorio de su historia autónoma; y quien, en su famosa colección de cantos nacionales, *Stimmen der Völker in Liedern*, publicada en 1778-1779, incluyó numerosas traducciones de poemas provenientes de Ossian y de las *Reliques* de Percy. Pero si Herder fue el primero en proclamar la nueva doctrina en Alemania, e hizo de ella una nueva filosofía de la historia, no fue él quien la aplicó a la filosofía. Eso lo hicieron, antes que nadie, no los filósofos o los historiadores, sino los filólogos clásicos; y las nuevas baladas que descubrieron o inventaron no vinieron de Alemania, sino de la Grecia y Roma antiguas.

El primero fue Friedrich Voss, cuya traducción de Homero en hexámetros alemanes en las décadas de 1780 y 1790 tanto entusiasmó a sus contemporáneos. Luego vino F. A. Wolf, quien, gracias a su conocimiento filológico exacto del texto griego, disolvió de tal manera la unidad de Homero, que desde entonces no tiene remedio. Para Wolf, el creador de la “cuestión homérica”, la *Iliada* no era, como lo fue para todos sus predecesores, el fabuloso artefacto de un gran poeta ciego: se trataba de una construcción posterior, ensamblada, como el *Ossian* de Macpherson, a partir de numerosos “cantos” griegos antiguos; cantos comparables a las baladas populares ahora publicadas por Percy y Herder. La estimulante doctrina de Wolf se publicó en 1795. Unos años después, el historiador más revolucionario del siglo XIX empezó a extraer y a aplicar sus implicaciones históricas. El innovador fue el amigo



¿Cómo entonces pudo Livio narrar, con tal detalle, acontecimientos de dos o tres siglos antes de esa fecha?

de toda la vida de Wolf, el fiel discípulo de Wolf: el académico-banquero del norte de Alemania, Barthold Georg Niebuhr.

\*\*\*

Como Scott, Niebuhr fue un fronterizo, atado con fuerza a su tierra natal. Se crio en Dithmarschen, en la frontera danesa, entre los recuerdos históricos de una vieja república campesina, cuya obstinada resistencia conservadora frente a los duques de Holstein se celebraba en baladas populares. Durante toda su vida, Niebuhr recordó Dithmarschen y su firme conservadurismo rural independiente. Toda su vida se interesó en la poesía popular antigua. Tradujo una moderna canción popular griega y propuso que se tradujeran las baladas serbias que acababan de publicarse.<sup>14</sup> Tenía como el mayor de los poemas al recién descubierto *Nibelungenlied*.<sup>15</sup> En la literatura latina despreciaba a Virgilio por ser un poeta flojo y artificial de la Corte. Hasta Enio, el tosco padre de la poesía latina, le parecía aristocrático, demasiado literario; ¿no había evidencia de que, antes de Enio, la primitiva república romana, como la autónoma república de Dithmarschen o los oprimidos pueblos de los Balcanes, contaron con baladas más rudas y por tanto mejores que las que Enio, con sus metros griegos, borró de la memoria? Luego, en un momento de inspiración, “un repentino rayo de luz”, propiciado por el trato que Wolf le dio a Homero,<sup>16</sup> Niebuhr vio una nueva solución a un viejo problema.

Ese problema tenía que ver con las fuentes de la historia romana temprana. La única evidencia literaria nativa continua para esa historia era la historia de Livio. ¿Qué evidencia, se preguntaban las personas, empleó el propio Livio? Los registros oficiales de Roma se destruyeron en el 389 a.C., cuando los galos tomaron la ciudad. ¿Cómo entonces pudo Livio narrar, con tal detalle, acontecimientos de dos o tres siglos antes de esa fecha? Ya desde finales del siglo XVII, el estudioso holandés Perizonius había planteado la pregunta y sugirió

<sup>14</sup> Claude Charles Fauriel reunió y publicó las baladas griegas (*Chants Populaires de la Grèce Moderne, Paris, 1834*). La traducción al alemán de Wilhelm Müller apareció en Leipzig en 1825. Para las baladas serbias, véase *infra*.

<sup>15</sup> El manuscrito de *Nibelungenlied* lo descubrió en 1755, en la biblioteca de Hohenems, en las tierras altas del Rin, J.H. Obereit. Lo publicó J.J. Bodmer en 1756-1757.

<sup>16</sup> “Das Wichtigste ist das Ergebnis plötzlicher Lichtblicke und Divinationen”, escribió Niebuhr en carta del 20 de diciembre de 1829 (*Lebensnachrichten über B.G. Niebuhr...*, Hamburgo, 1838-1839), iii, 248 ss.

una respuesta: Livio sacó su información de “cantos” populares transmitidos de manera oral de una generación a otra.<sup>17</sup> Sólo que Perizonius no tuvo conocimiento directo de tales “cantos”. Escribió antes de que se conociera a Ossian o de que Percy publicara o de que se hubiera recuperado el *Nibelungenlied*. Su sugerencia fue por tanto sólo una hipótesis. Pero ahora, exclamó Niebuhr, los felices hallazgos de los filólogos habían colocado la hipótesis “sobre tierra firme”. “Para nosotros los heroicos cantos de España, Escocia y Escandinavia son desde hace tiempo un fondo común; el *Cantar de los nibelungos* volvió y ya ocupa su lugar en la literatura; y ahora que escuchamos los cantos serbios y los de Grecia, las tensiones como de cisne de una nación aniquilada; ahora que todo mundo sabe cómo vive la poesía en toda la gente” (las palabras podían haber sido tomadas directamente de Herder), hasta que el arte las sofoca, “las vacías objeciones” planteadas por la teoría de Perizonius “ya no requieren de una respuesta”: el caso es obvio.<sup>18</sup> Al llegar a esta conclusión, Niebuhr volvió a mirar a Livio, y bajo ese suave texto blanquecino adivinó, y su ojo académico desentrañó la forma y la estructura, los títulos, aun las palabras, de todo un ciclo de cantos; y a partir de estos cantos, a su vez, dedujo el carácter de la sociedad que los creó: la popular república conservadora de Roma.

El mérito de Niebuhr —su uso imaginativo de precisos métodos críticos para revisar la historia del pasado— inspiró a todos los historiadores del siglo XIX, aun a los que se rebelaron ante el dogmatismo de sus conclusiones. Niebuhr fue el padre de la constructiva historia *Quellenkritik*.<sup>19</sup> Su método, escribió un historiador inglés, fue como “la lanza de Ituriel”, a cuyo toque lo falso se volvía verdad.<sup>20</sup> Pero también hizo, de manera más científica, en sus escritos históricos, lo que Scott hiciera en sus novelas. Ambos usaron una nueva percepción para reconstruir, a partir de materiales hasta entonces olvidados, el contexto perdido de la historia formal. En la obra de ambos estaba implícita una nueva filosofía histórica. A diferencia de los “historiadores filosóficos” clásicos, vieron las sucesivas edades del pasado no sólo como meras etapas en la historia del progreso, cuyo valor radicaba en su relevan-

*El mérito de Niebuhr —su uso imaginativo de precisos métodos críticos para revisar la historia del pasado— inspiró a todos los historiadores del siglo XIX, aun a los que se rebelaron ante el dogmatismo de sus conclusiones*

<sup>17</sup> Jacobus Perizonius, *Animadversiones Historiae* (Ámsterdam, 1685), cap. VI.

<sup>18</sup> B.G. Niebuhr, *The History of Rome*, traducción al inglés de J.C. Hare y Cannop Thirwall (Cambridge, 1828), i, 212-218.

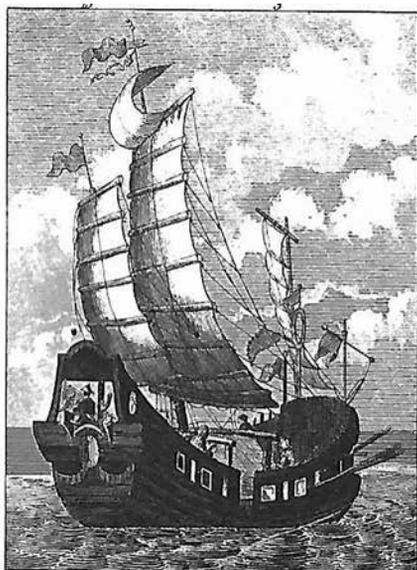
<sup>19</sup> *Quellenkritik*: Crítica de la fuente. (N. del T.)

<sup>20</sup> Charles Beard, *The Reformation of the 16th Century* (1883, reimpresión Ann Arbor, 1962), p. 346.

cia para el presente, sino como totalidades auto suficientes de la vida humana, válidas en sus propios términos, los cuales no exigían del historiador ni elogio ni descrédito, sino una empática recreación imaginativa. Tal recreación exigía un esfuerzo. El historiador debe respirar la atmósfera del pasado, pensar en sus categorías mentales. No puede, como los “historiadores filosóficos” de la Ilustración, aislarse en su biblioteca en Londres o París, Edimburgo o Lausana. Voltaire, no obstante sus aspiraciones universales, nunca descendió de su altura dieciochesca. Aun Gibbon, con todo su soterrado romanticismo, nunca visitó parte alguna del Imperio bizantino, cuya historia milenaria se ocupó de escribir. Ningún historiador del siglo XIX se atrevería a mostrar tan sublime indiferencia. La realidad del pasado, el valor histórico de su espontánea expresión popular, su color local y temporal, lo respetarían igual, si bien con un énfasis diferente, radical y conservador, *whig* y *tory*: Michelet y Carlyle, Macaulay y Ranke.<sup>21</sup>

\*\*\*

Piénsese en el más grande de los historiadores conservadores, tal vez el más grande de todos los historiadores del siglo XIX, Leopold von Ranke. Al principio parecería difícil descubrir al romanticismo en este austero y frío estudioso. Técnicamente, de hecho, Ranke fue discípulo de Niebuhr. El libro de Niebuhr, escribió, fue la primera obra alemana de historia que lo animó a abrir nuevos horizontes históricos, y sólo el tiempo se encargó de incrementar su respeto por ese “espíritu magnánimo”, ese “gran Maestro de la Antigüedad”. A los noventa años, Ranke aun veía a Wolf y Niebuhr como “nuestros clásicos, quienes iluminaron mis pasos juveniles”.<sup>22</sup> En su propia y rigurosa *Quellenkritik*, Ranke demuestra la veracidad de este aserto. Pero no fue sólo el espíritu crítico el que Ranke compartía con Niebuhr. Él también era conservador, en pugna, tanto en la escritura de la historia como en la política, contra la tiranía de las ideas francesas; y él también veía la litera-



<sup>21</sup> Fritz Renker, *Niebuhr und die Romantik* (Leipzig, 1935), busca dissociar a Niebuhr del movimiento romántico al hacer énfasis en sus intereses clásicos y sus firmes ideas protestantes, como opuestas a lo que el mismo Niebuhr llamó “das Katholicisieren und die Überschwenglichkeit der romantischen Schule” [la catolicización y la exuberancia de la escuela romántica]. Según esa definición, Scott tampoco fue romántico.

<sup>22</sup> Leopold von Ranke, *Sämtliche Werk*, tt. 53-54, *Zur Eigenen Lebensgeschichte* (Leipzig, 1900), p. 31; *Briefwerk* (Hamburgo, 1949), pp. 69-70; *Neue Briefe* (Hamburgo, 1949), pp. 264, 484, 737.

tura popular nativa como la expresión auténtica, directa, de sociedades autónomas o de los tiempos pasados.

Ranke, en un principio, como muchos historiadores menores,<sup>23</sup> se vio seducido por ese encantador universal, Sir Walter Scott. En su autobiografía nos cuenta cómo, en esos años, las novelas de Scott se leían en toda Europa e inspiraban simpatía hacia los tiempos pasados. Él también las leyó y se emocionó con ellas. La emoción, es cierto, no duró mucho. *Quentin Durward* acabó con el encanto. Ranke descubrió que el Luis XI y el Carlos el Temerario de Scott no concordaban con los de Commines y otros autores contemporáneos, y decidió ir por la verdad, no por el cuento. Así que “di vuelta y tomé la decisión, en mi obra, de eludir por completo la imaginación, la poesía, y mantenerme firme en los hechos”.<sup>24</sup> En la primera obra que publicó, a los veintinueve años, declaró esta resolución. Su objetivo, escribió, no era juzgar el pasado, sino sólo mostrarlo “wie es eigentlich gewesen” [como fue realmente].<sup>25</sup> Sin embargo, el rechazo al cuento no fue absoluto. Unos años después volvería bajo una nueva forma: directo, tal y como Scott lo recibió, de una fuente popular.

En 1827, a los treinta y dos años, Ranke fue a Viena y ahí tuvo acceso a las *Relazioni* venecianas que se conservaban en la *Hofbibliothek*. En ese momento, el encargado de la biblioteca era Jernej (Bartholomäus) Kopitar, un esloveno a quien interesaba la literatura popular de los eslavos del sur. Quince años antes, Kopitar había sido el censor de lenguas eslavas de Metternich y en tal capacidad había abierto y leído cartas escritas en eslavo. Por medio de este inusual método asistencial había descubierto, en Viena, a un *émigré* serbio que buscaba revivir la semi olvidada lengua serbo-croata. Kopitar buscó y animó a su víctima, quien gracias a este impulso se convertiría en la mayor figura literaria en la historia de Yugoslavia, el recreador de su lengua, quien compiló y publicó sus baladas históricas, Vuk Strefanović Karadžić. Ranke conoció al propio Vuk, vía Kopitar, y Vuk le mostró todos sus documentos relativos a la reciente revuelta serbia, presenciada por él. Ranke quedó fascinado con esos documentos. El historiador que diera la espalda al novelista romántico, al editor de *The Minstrelsy*

*Así que “di vuelta y tomé la decisión, en mi obra, de eludir por completo la imaginación, la poesía, y mantenerme firme en los hechos [...]*

<sup>23</sup> E.g. Augustin Thierry, cuya *Histoire de la Conquête de l'Angleterre par les Normands* (1825), como dice Eduard Fueter (*Geschichte der neueren Historiographie*, Berlín, 1925, p. 445), difícilmente se podría haber escrito sin el *Ivanhoe* (1820) de Scott.

<sup>24</sup> Leopold von Ranke, *Zur Eigenen Lebensgeschichte*, p. 61.

<sup>25</sup> Leopold von Ranke, *Sämmtliche Werke*, tt. 33-44, *Geschichten der romanischen und germanischen Völker*, Prefacio.

*Dos historiadores contemporáneos no pudieron ser tan opuestos como Ranke y Macaulay. Tenían, desde luego, una tradición común. Ambos eran herederos de la Ilustración.*

*of the Scottish Border*, se vio encantado por “el más erudito de los serbios”, el editor de *Pesnarica*.

Cuando Ranke descubrió a Vuk, olvidó o pospuso su trabajo sobre las *Relazioni* venecianas. Decidió, con ayuda de Vuk, escribir una historia de la rebelión serbia. A diario los dos hombres se sentaban a la mesa a revisar los documentos de Vuk, y Vuk le contó a Ranke sobre las baladas serbias que reunió y que otro amigo común en Viena, Wenzeslaw Hanka, tradujo al alemán. El resultado de su colaboración fue *Historia de la revolución de Serbia*, que apareció en 1828 y que tenía un capítulo sobre la cultura popular serbia y las baladas serbias. Niebuhr lo leyó y sentenció que el librito era “lo mejor que tenemos en nuestra literatura” (*das vortrefflichste was wir in unserer Literatur besitzen*). Cuando este veredicto llegó a Ranke, quedó encantado: era, escribió, un “antídoto a todas las calumnias”.<sup>26</sup>

Ranke nunca olvidó a Vuk, o su deuda con él, aunque sus biógrafos y críticos no creen que valga la pena mencionarla. Para él la historia serbia y las baladas serbias eran tan significativas como lo fueron las baladas de Dithmarschen para Niebuhr. Cincuenta años después habría de recordar cómo “mi inolvidable amigo Vuk” aparecía a diario, golpeando con su pata de palo la escalera en Viena, para llevar al historiador un nuevo cargamento de registros serbios, de baladas serbias, de recuerdos serbios.<sup>27</sup>

\*\*\*

Hasta aquí Ranke. Ahora dejemos al mayor de los historiadores conservadores para ir al más grande de los historiadores radicales. Dos historiadores contemporáneos no pudieron ser tan opuestos como Ranke y Macaulay. Tenían, desde luego, una tradición común. Ambos eran herederos de la Ilustración. Sólo que heredaron diferentes partes de esa tradición. Ranke heredó su espíritu universal, del cual, sin embargo, abstraigo su fuerza motora del progreso, creyendo (como Herder) en la autonomía del pasado y en la igualdad de derechos de todas las culturas: toda época, tal y como él lo puso, estaba “cerca de Dios”. Macaulay creía intensamente en ese motor y lo hizo moverse a toda velocidad, sin respetar tales derechos. La historia, para él, era “enfáticamente la historia del Progreso”, y el pasado sólo importaba, al fin y al cabo, en la medida en la

<sup>26</sup> Leopold von Ranke, *Zur Eigenen Lebengeschichte*, p. 64; *Briefwerk*, pp. 166, 174, 204, 269; *Neue Briefe*, 153. Para Kopitar y Vuk, véase D. Subotić, *Yugoslav Popular Ballads* (Cambridge, 1932), p. 9.

<sup>27</sup> Leopold von Ranke, *Zur Eigenen Lebengeschichte*, p. 621.

que ilustrara ese proceso. Como se quejaba Ranke, Macaulay puso constantemente al pasado ante la barra de la justicia para ser juzgado y sentenciado. Y sin embargo, Macaulay, como Ranke, estaba influido fuertemente por el nuevo espíritu — aunque, otra vez, con su diferencia—. Si bien el conservador y académico Ranke dio la espalda a la imaginación cálida pero riesgosa de Scott para tomar la crítica exacta de Niebuhr, el político radical que era Macaulay, si bien se movía en el mismo terreno, tomó la dirección contraria. Niebuhr lo cautivó primero y más tarde lo decepcionó; pues a pesar de todo su radicalismo, en su odio más patológico hacia los Estuardo, nunca dejó de ser un discípulo del conservador jacobeo romántico, cuya visión política, ideas y modo de vida deploraba de manera unánime, Sir Walter Scott.<sup>28</sup>

Macaulay, como Ranke, era joven cuando las novelas de Scott conquistaban al mundo y, como Ranke, quedó cautivado por ellas. También se dio cuenta de que estas novelas ofrecían nuevas oportunidades para el escritor de historia y así lo dijo en 1828. En ese año publicó, en *Edinburgh Review*, un ensayo sobre “Historia”. No es un ensayo profundo, por lo que después no lo incluyó en sus ensayos reunidos;<sup>29</sup> pero contiene, para nuestro fin, un pasaje de interés. Se trata del pasaje en el que discute las cualidades del historiador ideal.

Resulta interesante comparar la profesión de fe histórica de Macaulay, a la edad de veintiocho años, con la que Ranke publicó cuatro años antes, a los veintinueve. Nada hay aquí sobre la objetividad austera, sobre los derechos naturales del pasado. Y sin embargo, el pasado no debía subordinarse por completo al presente. Podía entregarse a inconsistencias. Como una república “autónoma” bajo el firme dominio de la ortodoxia moscovita, al menos podía conservar sus pintorescas costumbres locales, sus danzas, sus dialectos, sus quesos. El historiador ideal, dice Macaulay, no debía encerrarse en la narrativa formal, sino que debía animar su recuento de los acontecimientos públicos, intercalando “los detalles que son el encanto de los romances históricos”. Luego, tras contar la historia del aprendizaje de Lincoln que realizara, para la catedral, con los

<sup>28</sup> Para la decidida desaprobación del modo de vida de Scott de parte de Macaulay, véase Sir G.O. Trevelyan, *Life and Letters of Lord Macaulay* (World's Classics), i, 438. El panegirista complaciente de las virtudes burguesas y de las villas suburbanas de la Inglaterra provincial deploró naturalmente la genial extravagancia feudal del nuevo terrateniente de Abbotsford. Scott (a los ojos de Macaulay) debió establecerse en Edimburgo y ser un buen radical firme y solvente.

<sup>29</sup> Aparece en *The Works of Lord Macaulay* en la Albany Edition (1900), tomo vii.



fragmentos desechados por su maestro, un vitral tan exquisito que “el artista derrotado se quitó la vida por la preocupación”, sigue: “Del mismo modo Sir Walter Scott ha usado esos fragmentos de verdad que los historiadores han desdeñado, de una manera que provoca su envidia. Scott ha construido a partir del rebusque obras que, aun consideradas como historias, son apenas menos valiosas que las de ellos. Pero un gran historiador de verdad reclamaría los materiales de los que se ha apropiado el novelista”; Macaulay mezclaría a Clarendon con *Old Mortality*, a Hume con *The Fortunes of Nigel*.

Por el mismo tiempo, Macaulay le contó a su hermana sobre su propio método histórico. “Mi exactitud en cuanto a los hechos”, dijo, “la debo a una causa que pocos hombres confesarían. Se debe a mi amor por construir castillos. En mi mente el pasado muy pronto se vuelve romance”. Luego describió cómo, en sus caminatas solitarias por Londres, visualizaba constantemente escenas del pasado: cómo imaginaba visualmente cada detalle, reconstruía exactamente cada edificio, cada lugar poblado tal cual. “Parecía que yo conociera cada detalle de Whitehall. Ingreso por la puerta Hans Holbein y salgo por la galería alfombrada. Las conversaciones que construyo entre los grandes de la época son largas y muy animadas: en el estilo, que no los méritos, de Sir Walter Scott”.<sup>30</sup> Esta misma cualidad, esta identificación y localización visuales de la historia pasada, aparecen en un comentario de Macaulay sobre Virgilio de algunos años después: “Él me gusta más en terreno italiano. Me gustan sus localismos; su entusiasmo nacional, las frecuentes alusiones a su país, su historia, sus antigüedades y su grandeza. En esto me recuerda muchas veces a Sir Walter Scott”.<sup>31</sup>



En los mismos años en los que Macaulay tomaba prestado el método histórico de Scott, encontró su rumbo, por medio de la traducción de Hare y Thirwall, hacia la obra revolucionaria de Niebuhr. Si bien no fue, como algunos amigos suyos, un “fanático de Niebuhr”, Macaulay reconoció de inmediato que la “aparición del libro es en realidad una época en la historia intelectual de Europa”.<sup>32</sup> En particular quedó encantado con la idea de Niebuhr de un ciclo de cantos romanos: cantos que pendían del suelo italiano, aún más que sus pasajes predilectos de Virgilio. Pero en ese momento Macaulay no había visitado Italia. Cuando al fin fue a Italia, en 1839, al regreso de India, se desilusionó de Niebuhr —el osado radical no pudo aguan-

<sup>30</sup> G.O. Trevelyan, *op. cit.*, i, 170.

<sup>31</sup> *Ibidem*, i, 343.

<sup>32</sup> *Ibidem*, i, 181.

tar ese conservadurismo tímido, al dogmático que se pelea con el dogmatismo—,<sup>33</sup> pero los cantos seguían frescos en su mente y al ver las colinas con castillos y los lagos históricos de la Toscana, tan románticos para un académico clásico como el río Tweed y las colinas Cheviot para un fronterizo, se formó un nuevo proyecto en su cabeza. Niebuhr y Scott, los cantos romanos y las baladas fronterizas, de pronto se fundieron entre sí. Niebuhr, con su habitual confianza, ya había declarado el verdadero tema de esos cantos: “la historia de Rómulo, la historia de Horacio, la destrucción de Alba. Sobre todo ‘el canto de Tarquinio’, culminando en la verdadera batalla homérica del lago Regillus”. Este último, escribió Niebuhr con toda confianza, era el mejor de todos, y “si alguien alguna vez se atreviera a pensar en restaurarlo a la forma poética”, lo debiera hacer en la única forma digna, la del *Nibelungenlied*.<sup>34</sup> Macaulay tuvo esa osadía. Escribió sus *Lays of Ancient Rome*. Fueron los mismos cantos nombrados por Niebuhr. Pero el estilo de sus poemas no fue el de *Nibelungenlied*, fue el de los poemas de Sir Walter Scott.

En adelante, Macaulay se puso a trabajar en su gran *History*, y buscó realizar el ideal que se propuso en 1828. Toda esa obra de hecho está profundamente influida por Scott; desde luego que no en su rumbo intelectual, sino en su método y en su ilustración incidental: su diestro uso del color local, de la anécdota trivial y de la literatura popular. Ningún crítico moderno, que yo sepa, menciona esta dependencia íntima de Macaulay en Scott; pero una vez dicha, resulta obvia, y los contemporáneos, que conocieron a Scott, la identificaron al instante. En Irlanda, la vieja amiga de Scott, Maria Edgworth, seguía viviendo en Edgworthstown, en Longford. Ella fue quien inspiró originalmente a Scott, por medio de sus cuentos irlandeses, para escribir las novelas *Waverley*. En ese momento, a la edad de ochenta y dos, leyó la presentación de un ejemplar del primer libro de Macaulay. Sólo una queja matizó su gusto: “no hay una sola mención en todo el libro a Sir Walter Scott”, aun en lugares en los que parecía imposible evitar el hacer tan obvio homenaje.<sup>35</sup> En Inglaterra, un comentarista más crítico fue otro amigo de Scott, J.W. Crocker. “Sospechamos”, escribió, “que podemos trazar el plan del Sr. Macaulay hasta su verdadera fuente: el ejemplo y el éxito del autor de *Waverley*. La novela histórica, si no la inventó, cuando menos la desarrolló e ilustró

*Sólo una queja matizó su gusto:  
“no hay una sola mención en todo  
el libro a Sir Walter Scott” [...]*

<sup>33</sup> B.G. Niebuhr, *The History of Rome, op. cit.*, i, 220.

<sup>34</sup> *Ibidem*, i, 404-5.

<sup>35</sup> Citado en G.O. Trevelyan, *op. cit.*, ii, 172.

*Como Scott, pasaba horas husmeando en las librerías, era un lector voraz de los caminos apartados de la literatura*

por primera vez el feliz genio de Scott”, haciéndose “repentina y sobradamente de control del gusto del público”. La prensa, desde su tiempo, había “clamado de imitadores”. “Desde entonces hemos tenido bajo esta forma la conquista normanda y la Guerra de las Rosas, la Conspiración de la Pólvora y el Incendio de Londres, Darnley y Richelieu”: Harrison Ainsworth acababa de publicar “un supuesto relato” sobre el villano de Macaulay, Jaime II. “Tampoco a un novelista tan popular jamás se le había conferido el oficio de *historiógrafo* de la Reina”.<sup>36</sup>

¿Qué cualidad, en la escritura de Macaulay, demostró, para estos críticos, la influencia de Scott? Primero que nada, estaba la gran innovación de Scott, el color local. Ya referí la fuerte idea de lo “local” en Macaulay, la reunión de acontecimientos y lugares: un norte que Macaulay apreció en Virgilio y asoció explícitamente a Scott. En todos sus escritos mostró este norte —en sus ensayos indios y en sus “cantos” italianos— y lo colmó a manos llenas en su *History*. Al escribirla, Macaulay no la pasó sentado todo el tiempo en su biblioteca. Viajó al extranjero. Visitó no sólo archivos sino escenarios: los pantanos de Sedgemoor, el pueblo de Torbay, los campos de batalla de Flandes, Escocia, Irlanda. Vio con sus propios ojos Londonderry y Boyne, Glencoe y Killiecrankie, y los pobló, como tiempo atrás poblara Whitehall y Hampton Court, con sus actores históricos. Al hacerlo, dio vida al pasado, aun cuando —toda vez que los vicios de Macaulay nunca están muy lejos de sus virtudes— no fue capaz de resistir la tentación de reiterar, a cada momento, las amplias mejoras que el progreso radical había llevado a los pantanos y pueblos del oeste, las ciénagas de Irlanda y a las áridas Tierras Altas de Escocia.

Más aún, Macaulay extrajo esta vida de las mismas fuentes que Scott: de la literatura olvidada, informal, de la época. No tenía paciencia con quienes hablaban de la “dignidad de la historia”.<sup>37</sup> Como Scott, pasaba horas husmeando en las librerías, era un lector voraz de los caminos apartados de la literatura. Leía comedias y farsas, parodias y sátiras, hojas sueltas y baladas. Revisó las baladas recogidas por Pepys en Magdalen College, Cambridge; se metió en las Roxburghe Ballads sin indexar en el Museo Británico; usó el éxito de *Lilliburlero* para ilustrar la impopularidad de Tyrconnel en la Irlanda protestante y una misteriosa balada que le puso enfrente, “de la manera más agradable”, un párroco en Morwenstow para

<sup>36</sup> J.W. Croker en *Quarterly Review*, LXXXIV (marzo, 1849), 551. El historiador real era G.P.R. James, un imitador de Scott. Autor de *Richelieu, Darnley* y de más de sesenta novelas históricas.

<sup>37</sup> G.O. Trevelyan, *op. cit.*, ii, 55-56.

ilustrar la popularidad del obispo en Cornualles.<sup>38</sup> De esta manera realizó su vieja ambición de reclamar para la historia “esos materiales de los que se ha apropiado el novelista”.

Peligrosa ambición, podríamos exclamar, al volver la vista hacia un siglo y más de historiografía romántica; al leer los pasajes más floridos de Carlyle, Froude y Freeman, Motley, Prescott y Parkman; al pensar en la larga caída de lo que los franceses llamaron *histoire Walter Scottée* en el “trasero” de los novelistas victorianos y esas procesiones locales que organizó Louis-Napoleon Parker y que ridiculizó, no mató, J.H. Round. ¡Cuánto mejor, podríamos pensar, es ese otro producto opuesto del movimiento romántico en la historia, el abnegado espíritu austero de Ranke, quien trató de separar el pasado del presente, para evitar no sólo el prejuicio moderno, sino hasta la imaginación y la poesía, y para ir sólo en pos de una inalcanzable objetividad! ¡Cuánto mejores, podríamos concluir, son los historiadores pre románticos, los ilustrados historiadores “filosóficos” del siglo XVIII, quienes, al no matar al pasado al separarlo del presente, no tuvieron la necesidad ni de embalsamarlo en el frío mausoleo severo del conservadurismo alemán ni de lanzarlo a una vida espuria al imponer en él sus colores sintéticos y sus falsos sonidos! Tanto Ranke como Macaulay, por medio de sus préstamos románticos —uno con su conservadurismo casi esterilizado, el otro con su vitalidad deformadora—, se puede decir que echaron no hacia adelante sino hacia atrás el reloj del pensamiento europeo, lo mismo que se puede decir del movimiento romántico en general. ¿No se le acusó a Ranke de contribuir indirectamente, con su pasiva “objetividad” académica, al ascenso del nazismo alemán al que Carlyle, con su romántico culto al héroe, le indicó la ruta? Macaulay, con su narración absorbente, con el detalle romántico decorativo colocado sobre un estudio meramente político, ¿no distrajo a los historiadores de un análisis mucho más profundo, realizado por los discípulos de Montesquieu y que sólo resumieron, un siglo después, los discípulos de Marx?

Eso podríamos decir; ¿pero con qué fin? El genio no es responsable de la incompetencia de sus imitadores, ni debemos juzgar las nuevas ideas por sus consecuencias distorsionadas. Ningún movimiento es puro; el avance en cualquier campo con frecuencia se logra con el retroceso en otro; y cada nuevo evangelio introduce una serie de supersticiones, a veces más toscas que las que desplazó. Las ideas se han de valorar no por sus corrupciones

*Ningún movimiento es puro; el avance en cualquier campo con frecuencia se logra con el retroceso en otro; y cada nuevo evangelio introduce una serie de supersticiones, a veces más toscas que las que desplazó.*

<sup>38</sup> Sobre el agradecible reverendo R.S. Hawker de Morenstown, véase el artículo en *D.N.B.*

esenciales, sino por su permanencia, su poder para sobrevivir esas corrupciones. Si hemos de juzgar las aportaciones del romanticismo al estudio histórico, debemos tratar de aislar lo que fue permanente en él y verlo desde su mejor ángulo.

La historiografía de la Ilustración, en el mejor de los casos, se vio animada por la “filosofía”. Los historiadores del siglo XVIII volvieron la vista al pasado y en él vieron un nuevo significado. Vieron la historia como un proceso, y un proceso, más aún, de mejoramiento, de “progreso”. Por tanto, le dieron al estudio del pasado un nuevo valor, no sólo moral y político, sino intelectual y social. Pero si ellos accedieron de esta manera al significado interno de la historia, lo hicieron, muchas veces, pasando por alto su contenido humano. Los hombres del pasado accedían a su narración sólo de manera indirecta, como agentes o como víctimas del “progreso”: rara vez aparecían directamente, por derecho propio, en su respectivo entorno social, como los legítimos propietarios de sus propios siglos autónomos. Los escritores románticos cambiaron todo eso. Al ver que la doctrina del progreso pasaba de ser un evangelio de la humanidad a un eslogan de conquista, la hicieron a un lado y trataron de asomarse al pasado directamente. Ya fuera que, como Ranke, rechazaran por completo el concepto del progreso como algo que sólo distorsionaba su nueva visión, o, como Macaulay, ajustaran su nueva visión con el fin de embellecer tal concepto, resolvieron, a como diera lugar, hacer que cobrara vida el pasado. Como escribió Carlyle sobre Sir Walter Scott, quien es el héroe verdadero de esta conferencia (pero no me atreví a colocarlo en el título para que su sólo nombre no espantara al público), primero mostró “la vida pasada de los hombres resucitada para nosotros... El pasado apareció ante nosotros, no como una tradición muerta sino como una presencia palpable”. Las novelas históricas de Scott, decía Carlyle, les “han enseñado a todos los hombres esta verdad, que parece una perogrullada, y sin embargo para los escritores de historia y para los otros escritores resultó tan buena como desconocida, hasta que se enseñó: que los tiempos idos del mundo estuvieron colmados de hombres vivos, no de protocolos, documentos estatales, controversias y de hombres abstractos”.<sup>39</sup> Ésa sin duda es una verdad permanente, la cual, por mucho que se haya corrompido, los historiadores no se pueden dar el lujo de olvidar.



<sup>39</sup> Thomas Carlyle, “Sir Walter Scott”, en *Critical and Miscellaneous Essays*, Chapman and Hall, 1899